

www.elboomeran.com

Nicolás Cabral
CATÁLOGO DE FORMAS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2014
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno

© Nicolás Cabral, 2014
© de esta edición, Editorial Periférica, 2014
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-89-5
DEPÓSITO LEGAL: CC-72-2014
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Para Laura

ME DIGO ahora: Primero la cueva, luego la torre. Entre las piedras, entre los árboles, mi morada. Construiré primero una choza, sobre el rellano. Tendré una mesa de trabajo, papel y lápices. Todo irá creciendo entre las plantas, como las plantas. Antes escarbaré, debajo de esa roca, a un lado del riachuelo. Viviré ahí, como una bestia. La habitación primera se convertirá entonces en taller. Imagino, aquí y allá, columnas que se elevan, como bambúes. Nadie más habitará la zona. Hombres vendrán todos los días, recibirán instrucciones. Al anochecer abandonarán el lugar, volverán a sus casas. No habrá otra compañía que el murmullo animal, las hojas agitadas por el viento. Visitaré, de tiempo en tiempo, el pueblo. Compraré provisiones. Cruzaré palabras con algún local, daré las gracias. Tengo ya la madera necesaria, los tablones que harán

de muros, las vigas que sostendrán el techo. Piedras sobran, servirán de sustento. Por la noche no habrá más luz que la de las antorchas, clavadas en el sendero. He traído el Libro. Como advertencia, como recordatorio. He traído, sobre todo, cuadernos. En ellos haré esbozos, definiré formas. Después, sobre el papel, surgirán los planos. Lo que resulte será mi obra definitiva. Nadie podrá verla, se desconoce mi paradero. Los locales me miran extrañados, pero se acostumbrarán. Han traído la madera, labrarán las piedras. Para la choza no hay dibujos. He establecido las medidas, he realizado trazos sobre la tierra. Los hombres no preguntan, salvo que una indicación les resulte confusa. Aprenderemos a entendernos, será sencillo. Por lo pronto obedecen, pago sus sueldos. He organizado las tablas, lijado segmentos. Hoy tendremos cimientos, mañana muros, techo. Entonces me instalaré, realizaré los primeros dibujos. Ya se acercan, escucho sus murmullos, sus pasos sobre las hojas. Saludan, dan los buenos días. Doy las primeras instrucciones.

EL ARQUITECTO, mi marido, dijo: Será una pieza exacta, una máquina. Entonces habló del Libro, del Suizo, del mínimo gasto y la máxima eficiencia. En el barrio, en aquel tiempo, había sólo edificios viejos, pero esa casa, nuestra casa, sería otra cosa. Miré los planos, las formas, los colores, un tanto sorprendida, tal vez asustada, en cierto modo fascinada. Todo era nuevo, como nacido de la nada. Dije que sí, que eso quería, sin saber muy bien por qué, como si alguien habitara en mí y me obligara a aceptar. El Arquitecto, mi marido, sonrió, farfulló frases que no supe comprender. Al poco tiempo comenzaron las obras, vi nacer del piso la construcción, el esqueleto que, luego de algunas semanas, tuvo como piel una gigantesca pieza vidriada. Pregunté por la electricidad, por el agua, por el drenaje. Me indicó que esperara, que ya los vería. Y así

fue, los cables trenzados, recorriendo las paredes interiores, mientras la tubería, afuera, se adosaba a los muros o conformaba barandales. Sobre la cubierta, el tanque de agua, elevado y protagonista. Una máquina, sí, pero con sus mecanismos a la vista, elevada por unas columnas que dejaban libre buena parte del terreno, formando una terraza. Se fraguó la escalera, recorrí su trazo curvo, llegué a la planta alta: todo estaba bañado de luz. Luego vinieron los colores de los muros, los cactus que delimitaban la propiedad. Antes de que el ventanal de la sala estuviera terminado, el Arquitecto, mi marido, me pidió que lo acompañara a la planta alta, quería mostrarme un detalle. Se adelantó, se detuvo ante el vacío. Cuando estuve cerca, sin decir palabra, se arrojó. Corrí hacia la escalera, bajé a tropezones, miré hacia la zona en la que había caído el cuerpo. Tirado sobre un montículo de arena, reía a carcajadas.

RECUERDO la mina. Recuerdo a mi padre en la mina. Pedía a los obreros que me llevaran, que me mostraran los túneles. Por las noches soñaba con cuevas, habitadas por hombres feroces. De aquellos años, de aquel tiempo, persiste la imagen de los cerros. La vegetación escasa, amarillenta. Las piedras inmensas, calvas. Vivíamos cerca de la presa, en un camino terregoso donde, los sábados, esperábamos el regreso de mi padre. Los días previos, por la mañana, la empleada nos llevaba, a mi hermano y a mí, a la escuela. Caminábamos hasta el centro, las calles empedradas, polvorientas, los colores cambiantes de las fachadas. Imaginaba, aterrado, una vida subterránea, en penumbras, dentro de túneles que se extendían infinitamente bajo nuestros pies. Afuera, sobre la superficie, el cromatismo, los volúmenes bajo la luz, como escribió el Suizo. Cuando

comencé a pintar, de regreso en este lugar, no pude evadir la densa imagen de los cerros, dueños del horizonte. Ahora que todo está perdido pienso, una vez más, en las cavernas. Pienso en una guarida, en una penumbra que saque de mi vista el exterior. Todo está siendo arrasado, devorado, *aniquilado*. No más máquinas, no más precisión. Ninguna superficie plana, ningún muro blanco. ¿Para qué, si serán reducidos a ruinas? Chimeneas humeantes, tuberías transportando porquería, campos erosionados, océanos ennegrecidos: de eso está hecho el mundo. ¿Sobrevivirán los habitantes de las cuevas? Tendré que averiguarlo. Imagino muros de piedra, una escalera curva que conduce a un espacio subterráneo, mi refugio. Un agujero en la tierra que, sin embargo, gracias a la pendiente del terreno, permitirá, en uno de sus extremos, mirar los árboles. Mientras vivan. Lograré, de una buena vez, olvidarme del Suizo, dar la espalda al Libro. Lograré, lo digo ahora, librarme de ella. Ni un solo ángulo recto: muros curvos, pesados, no más techo que la intacta piedra. Antes de que mi corazón, como el mundo, sea arado.

Arquitecto, ordena que pase. Atravieso el pequeño taller. Él está en el porche, atrás. Me siento a su lado, en una silla de cuero. Así que finalmente vino, me dice. Nada de grabadoras, saque papel y pluma, indica cuando ve que meto la mano en la bolsa. Tengo todo en la cabeza, perfectamente ordenado, agrega. Le comento que, entonces, lo mejor será comenzar. Me mira atentamente. Luego voltea hacia la selva y carraspea. Sus manos: largas, nervudas como raíces. Comencemos, ordena, acaso a sí mismo. Titubeante, le hago una primera pregunta. Espero la muerte, no sé decir cómo, pero la espero, es la respuesta, a la que añade: Mejor así, vendrán tiempos difíciles, catástrofes. Se detiene unos segundos, me observa. Después mira hacia la selva y continúa, pero me cuesta concentrarme. He visto, colgados en los muros del estudio, decenas de dibujos, un extenso conjunto de figuras, detallados planos de edificios inútiles y monstruosos, que semejan seres orgánicos contorsionándose, abriéndose a la luz, desplegándose amenazantes. Nota mi distracción: ¡Apunte!

UN NIÑO. Yo era un niño. Los cuerpos colgaban de los postes, de los árboles. Campesinos, soldados, todos muertos. Desde la azotea observé a hombres derrumbarse sobre el empedrado. Morían de hambre. Nosotros no, nosotros teníamos alimentos: topinambures, gatos, chayotes, perros. Afuera la guerra, los cadáveres. Adentro el terror. Recuerdo la mula. Recuerdo a mi padre y a la empleada arrastrando la mula. Trozos de animal, sangre, un olor indescriptible. La carne ahumada y salada: nuestro alimento de meses. Un sabor espantoso. Mejor el topinambur, el chayote. Pero mi madre me obligaba a comer mula. Nuestra bebida, el agua de lluvia. Afuera los disparos, los gritos. Adentro el pasadizo. El vecino había huido, dejando su casa intacta. Mi padre hizo un agujero en el muro del jardín. Por ahí pasábamos. Cuando nadie me veía,

me internaba en aquella propiedad. Los candiles, el olor a polvo. Me vestía con las ropas abandonadas. Una casa para mí, ajena a ellos. Hasta que oía su llamado, al otro lado del muro. Había que volver a las clases, recibir los golpes: la regla azotando mi mano, mi padre señalando mis faltas. A veces lo imaginaba colgado de un poste, como aquellos soldados. Un ahorcado más. Imaginaba también a mi hermano, su cuerpo girando, sostenido por una cuerda, bajo un árbol, como un campesino rebelde. En la escena, mi madre lloraba. Yo, desde la azotea, miraba satisfecho. Abandoné esas fantasías, una tarde. Salí a la calle, a pesar de las advertencias. A unas cuerdas, en un poste, colgaba un cadáver. Su camisa desteñida por el sol, su pantalón ennegrecido. Su lengua asomando por la boca. Sus ojos inyectados de sangre. Un niño. Yo era un niño. También los que llegaron. Sin embargo, ausente el temor en ellos, subieron por el poste, cortaron la cuerda. Recuerdo el cuerpo tieso, azotándose en el piso. Los niños arrancaron al muerto sus harapos, lo dejaron desnudo. Oí disparos en la lejanía. Corrí a casa. Mi padre me esperaba, con la regla en la mano derecha.